MEDICOS Y PINTORES

Escribe: FERNANDO SERPA FLOREZ

La medicina y la pintura, como todo lo que el arte entrañablemente liga, tienen relaciones interesantes de dilucidar. Sin contar con que, el estudio de la anatomía, nos es común a médicos y pintores, podría plantearse el tema en tres diferentes aspectos: hablar de los médicos como pintores, de los médicos, como tema de los pintores y de los pintores, como objeto de los médicos.

Para comenzar, colocándome bajo una alta tutela tal como lo hacían los escritores del Siglo de Oro al acogerse a los grandes señores, empezaré diciendo que Lucas, el Evangelista, fue médico y pintor —según la tradición lo afirma— ya que él hizo el único retrato auténtico de María.

Y, continuando por lo alto, se podría llegar, dando un salto de lo divino a lo humano y del tiempo de Jesús al renacimiento, hasta Leonardo da Vinci, quien, a más del sitio eminentísimo que tiene en el arte, merece figurar en lugar destacado como biólogo, fisiólogo y anatomista portentoso. Ciertamente, Leonardo realizó varias disecciones sobre cadáveres humanos, cosa inusitada entonces y llevó a cabo estudios de óptica, de botánica y, en cuanto a anatomía comparada, recordemos su pasmosa y minuciosa observación y anotación del vuelo de las aves. Sus estudios sobre anatomía, desde luego, son obra inmortal.

Pero, no solo es esto. Los médicos, muchas veces, han hallado motivo de solaz y esparcimiento al tomar la plumilla o los pinceles y substraerse del drama cuotidiano, para transportar al papel o al lienzo aspectos de la naturaleza o imágenes especiales grabados en su mente. Así, Ramón y Cajal o, llegando al terreno cordial de las evocaciones patrias, César Uribe Piedrahita, quien sobresalió como investigador y en las letras y la pintura dejó la huella estremecida de su espíritu.

La figura del médico ha sido tema y modelo en más de una ocasión para el pintor. Por nuestra memoria pasan, rápidamente, la lección de anatomía de Rembrandt, en que el cadáver ostenta la serena grandeza de la muerte y los médicos y anatomistas muestran el grave y majestuoso continente que da la sabiduría. El retrato de John Chambers, médico de cámara de Enrique VIII, pintado por Hans Holbein, el joven, cuyo rostro venerable de anciano es un canto magistral a la vejez. O aquel don Rodrigo de la Fuente, médico y poeta, cuya noble y alargada faz de puntiaguda barba está circundada por blanca gorguera, hidalga estampa que

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

dejó el Greco, con su estilo inconfundible y que en el museo del Prado observa el peregrino como testimonio de una época... ¿A qué seguir? Lucas Cranach y Anton van Dyck, Bassano y Tintoretto, Goya y Van Gogh, todos ellos en épocas distintas, de escuelas diferentes y con disímiles técnicas dejaron en las telas la imagen espiritual y sugestiva de aquellos hombres que entregaron su vida a redimir del dolor y de la angustia a la humanidad.

La enfermedad, el sufrimiento, han sido también tema de los pintores. Las obras de Brueel y, particularmente, de Hieronymus Bosch, reflejan una época de la humanidad, atemorizada y alucinada por pesadillas horribles. Aparece, luego, el renacimiento, época en que la belleza se asocia con la salud y el individuo enfermo no constituye un tema moral. Tan solo los "manieristas" se inspiran en lo morboso para lograr expresar su mensaje.

Y, cuando llegamos al barroco, Velásquez en medio del esplendor y la pompa de la corte española, expresa, como contraste, en sus enanos lo patológico.

Pero también, la enfermedad y el sufrimiento permiten al ensayista bucear en estos aspectos, con relación a los grandes pintores. Para no citar la larga lista de los pintores a quienes la peste arrebató la vida, como Ghirlandajo, a fines del cuatrocientos y, en el quinientos, Giorgione, el Perugino y Tiziano. O la artrosis de la columna que adquirió Miguel Angel cuando pintaba el "Juicio Final" en la Capilla Sixtina o la sordera de Goya y, quizá, su parálisis general de origen luético.

Si llegamos a los impresionistas, se podrá recordar el mal de Hansen que atormentó los últimos años de Gauguin en Tahití; y la deformidad de Toulouse Lautrec, que tal vez contribuyó a su alcoholismo; o la demensia de van Gogh (esquizofrenia, según Jaspers), que lo hacía asistir, en sus ratos lúcidos como espectador de su propia locura y a escribir, en Auvers - sur - Oise, esas cartas dramáticas, como aquella última a su hermano, poco antes de suicidarse: "Mi suerte está echada: me doy cuenta de que ya no me queda otro recurso sino el de aceptarla, porque ya no cambiará nunca... Las perspectivas son cada vez más sombrías; no veo ni la menor esperanza de felicidad para lo sucesivo".

Pintura y medicina, ciencia y arte que han ido hermanadas, por la admiración mutua y la mutua ayuda y que hoy, quizá, con la colaboración de la psiquiatría del psicoanálisis y la psicología, sirvan para desentrañar el significado recóndito de las nuevas escuelas.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.